



SEMANARIO POPULAR

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.



Núm. 41.

JUEVES 10 DE DICIEMBRE DE 1863.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripcion

Tomo II.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 30 rs.

SUMARIO.

LAS PROVINCIAS RUSAS DEL MAR BALTICO: (Continuacion).—LA ROSA DE IVRY. (Continuacion).—PAMELA Ó LA ADOPCION FELIZ. (Conclusion), por madama de Genlis.—ESCURSION AL ISTMO DE SUEZ. (Conclusion).—INSPIRACION AL CERDO, por Enrique del Castillo y Alba.—ROLOWAT Ó DIANA.—LA ROSA DE CALDRES, por Alpenburg.—EL JARDIN ZOOLOGICO.—CANTARES, por Theresio Thos.—ANUNCIO.

LAS PROVINCIAS RUSAS DEL MAR BALTICO.

(CONTINUACION).

Los esthonios, como los letones no viven en pueblos, sino en granjas separadas á veces unas de otras por una distancia de algunas millas. Hay sin embargo, tambien algunos pueblos que están formados de algunas familias reunidas casualmente, que no tienen ni la mas mínima conexion entre sí y que pertenecen todas al señor de quien es la localidad. Las moradas de los esthonios son unas chozas miserables construidas de troncos de árboles y cubiertas con paja, que en Alemania no querrian emplearlas ni aun para albergar animales; en ellas no se hallan chimeneas, ni ventanas como hay generalmente en las casas de los labradores de Livonia y Curlandia; el humo se tiene que buscar una salida por el tejado, y en vez de ventanas solo hay unos agujeros pequeños, tapados frecuentemente con unos harapos repugnantes. En cada una de estas asquerosas chozas vive toda una familia con criados y criadas que por la noche duermen sobre el suelo de tierra de la misma choza ó sobre bancos toscamente trabajados. El traje de los esthonios está en conformidad con su morada; un vestido grosero hecho de una especie de paño pardo tejido por ellos mismos, cubre generalmente su cuerpo demacrado; un sombrero castaño de fieltro, ancho de ala y estrecho por la copa, resguarda su cabeza cubierta de cabellos largos, erizados y casi siempre sin peinar; las personas de ambos sexos llevan por calzado una especie de albarcas. El

traje de las mujeres es de la misma tela grosera, de color pardo; las solteras llevan el pelo trenzado y colgando sin nada que las cubra la cabeza, pero las casadas usan una cofia por el estilo de las que llevan las rusas. La ocupacion de los esthonios es en general la agricultura, solo los que viven en puntos donde hay agua, se dedican á la pesca y los que habitan en las ciudades á oficios. La propiedad inmueble tanto aquí como en las demás provincias del Báltico, está únicamente en manos de los nobles; aquella clase que con su trabajo saca el producto de la tierra, se halla desposeida y trabaja únicamente en provecho de su señor que no le concede mas que lo estrictamente necesario para no morir de hambre. En estas circunstancias tan tristes en que viven los esthonios no es extraño que los planos de proselitismo de la Iglesia Griega y de hacer los rusos en un todo, hayan encontrado un terreno fértil, que millares de esthonios hayan abandonado la Iglesia Evangélica que nada les ofrece, cuyos abstractos conceptos no pueden comprender y que además es la creencia de sus verdugos, para echarse en brazos de la Iglesia Griega. Esta última, con la multitud de ceremonias exteriores, es mucho mas accesible para estos hombres rudos y el clero ruso cuida á lo menos de su rebaño de almas, (cosa de que no se ocupaba antes el clero evangélico de las provincias bálticas) además las brillantes promesas por parte de los apóstoles rusos, todo esto junto explica perfectamente el triste fenómeno de pasar en masa los esthonios á la Iglesia Griega. El paso de los esthonios á la religion griega no es una pérdida para la Alemania, ni para el luteranismo; los esthonios han sido bautizados con sangre; por una órden de su señor fueron arrancados de la Iglesia Católica y llevados á la protestante, porque estaba entonces en los intereses de la nobleza el hacerse independiente de Roma; de esto se puede deducir fácilmente qué es lo que tienen los esthonios de protestantes, ni de cristianos.

Aunque la Esthonia es mucho mas agreste

que la Curlandia y la Livonia, no por eso deja de ser interesante, puesto que presenta mas variedad y tiene algunos puntos de vista muy hermosos. La costa del golfo Finico es muy peñascosa, y por lo tanto ofrece algunos peligros para la navegacion; el interior del país es llano en su mayor parte y está regado por una multitud de lagos y de arroyos, que con sus sombríos bosques de pinavetes, y las tierras cultivadas dan un aspecto extraordinariamente pintoresco. Son notables cierta clase de lagos cuya agua ocupa una estension bastante grande, y en cuya superficie se ha formado un espeso tejido de plantas rampantes, musgo, y hasta algunos arbustos y malezas. Estos lagos parecen praderas; pero desgraciado el hombre ó animal que se aventurase á pisar aquel engañoso tapiz, porque se hundiria en un abismo sin fondo, pues estos lagos tienen mucha profundidad; muchos caminantes y cazadores han encontrado en ellos su tumba. La Esthonia tiene muchos rios pequeños, pero no tiene ninguno que sea grande y que además de la pesca pueda ser esencialmente útil; lo mismo puede decirse con respecto á los lagos. El rio mas considerable es el Narowa que sale del lago Peipus y desagua en el golfo Finico cerca de la ciudad de Narowa, que pertenece á la Ingremania; este rio es la línea divisoria entre Esthonia é Ingremania; pero no es navegable á causa de la violencia de su corriente, de sus muchos escollos, y sobre todo á causa de una cascada de 22 pies de altura que hay una wersta mas arriba de la ciudad de Narowa. Las barcas que llevan cereales y otros productos de Esthonia, Livonia, etc., etc., á dicha ciudad, deben descargar antes de llegar á la cascada; tampoco los buques de mas porte pueden llegar hasta la ciudad por el rio, porque se lo impide un gran banco de arena que hay en la embocadura. El segundo de los rios principales es el Jagowalsche que desagua igualmente en el golfo Finico; este rio tampoco es navegable, tanto por la impetuosidad de su corriente, cuanto porque tiene tambien como el Narowa una gran

cascada. Esta falta de un río importante y útil, puede haber sido la causa de que Esthonia esté mas atrasada que las otras provincias bálticas, en lo que respecta al comercio, industria y agricultura, pues solo aquellas ciudades que están á la orilla del mar tienen alguna importancia, y como plaza de comercio no puede citarse en realidad mas que Revel que es la capital del país.

La Esthonia no es pobre ni en minerales ni en vegetales, y muy fácilmente podrían producir estos grandes ventajas y bienestar al país, si se supieran aprovechar de ellos y los mirasen con mas atención. La mayor parte de la tierra fértil, produce mucho lino, centeno y avena, á pesar del sistema de cultivo tan defectuoso que emplean, por lo que es muy considerable la exportación á Inglaterra y á Holanda, y no es de temer aquí una verdadera hambre. Los minerales que se encuentran en Esthonia son el cobre, la arcilla, la cal, la piritita sulfurosa, el vitriolo y la arcilla verde, todos los cuales existen en capas abundantes, de las que en general no hacen aprecio. Los espesos bosques encierran caza muy buena y numerosa, y animales rapaces, como lobos, osos, cervales y zorros. Los ríos y los lagos, así como tambien el golfo fínico, dan un producto abundante á los pescadores, que en general son rusos ó suecos.

La industria es muy poco considerable en razon á las circunstancias del país, y no es suficiente ni aun para las necesidades de sus habitantes. ¿Quién entraria aquí en empresas de este género? y si hubiera alguien que lo hiciera, ¿con qué dificultades no tendria que luchar!

II.

Revel capital de la Esthonia ha recibido su nombre de la palabra sueca *refwel*, que significa un banco de arena, probablemente por que en la entrada del puerto hay uno bastante grande. Waldemaro III rey de Dinamarca que reinaba á fines del siglo XII y principios del XIII, está reputado como fundador de la ciudad. Despues, cuando la órden Teutónica dominó en Esthonia, Revel, fue floreciendo de dia en dia, y una multitud de alemanes se establecieron allí, como comerciantes y como artesanos; poco despues la ciudad formó parte de la Hausa en cuya época alcanzó su mayor prosperidad. Despues de la disolucion de la liga de estas ciudades, Revel descendió tambien; las continuas devastaciones de las guerras á que Esthonia estuvo espuesta durante siglos, alligieron tambien su capital, pero particularmente la gran guerra del Norte, fue para ella un fuerte golpe, del que no es tan fácil que se reponga bajo las circunstancias en que se encuentra. Sin embargo, Revel es siempre aun en el dia una de las plazas de comercio mas importantes de la costa rusa del Báltico, pues por su situacion extraordinariamente favorable, y por su hermoso puerto es muy á propósito para el comercio marítimo. El gobierno ruso tiene siempre mucho cuidado de conservar el puerto en buen estado, puesto que una parte de la flota del Báltico está allí; además no está tan espuesto á llenarse de arena, como los demás puertos de este mar.

La estructura de la ciudad, es muy antigua, y tiene gran semejanza con la de Riga; calles sumamente estrechas, y casas altas como torres distinguen el interior de la ciudad, en la cual durante el dia, se agolpa una multitud activa y variada. Los habitantes (en número de unos 50,000) son de las nacionalidades diversas que ya hemos mencionado á se hallan en general profundamente separados entre sí. Los alemanes y suecos tienen la preferencia sobre los habitantes que pertenecen á otras razas, y los esthonios son tambien aquí la parte mas oprimida y mas vejada de la poblacion; los esthonios son en Revel criados de los nobles ó de los patricios, y cuando no artesanos. La parte principal de la clase artesana está formada de alemanes, suecos ó dinamarqueses; allí hay pocos rusos que sean

artesanos, la mayor parte de ellos, prefiere el tráfico.

La vida social es aquí, como en todos los países del Norte sumamente agradable, y en particular se recibe á los extranjeros con la mayor amabilidad. La carencia de toda vida exterior tiene á lo menos la ventaja de que el hombre conoce que necesita hacer su vida todo lo mas agradable que pueda, en el interior de su casa. Esto sucede en Revel en grande escala, y no se vé jamás como en Alemania que los hombres busquen diversiones fuera de su casa. La sociedad: es decir, el gran mundo, está compuesta aquí de los nobles y patricios que viven en la ciudad, los rusos solo tienen entrada en esta sociedad, cuando son altos funcionarios de la provincia ó militares de un grado superior. Esta sociedad está cerrada á los demás habitantes de la ciudad, pero es sumamente amable entre sí y para con los extranjeros. Además de las diversiones comunes á toda sociedad como juego, baile, etc., es bastante frecuente, sobre todo en las señoras de buen tono, el dedicarse á algun arte; la música es preferida aquí tambien a las demás musas, aunque rara vez escende de una medianía el conocimiento que tienen de ella. Fuera de esto, Revel ofrece pocos gozos para el espíritu; el teatro, fundado por Kotzebue, no tiene actualmente nada de particular, á pesar de lo mucho que ha costado; pero esta insignificancia es debida tambien á las muchas trabas que tiene por parte del gobierno, que no ha permitido ciertas composiciones dramáticas ni aun líricas, sin que se hicieran algunas supresiones ó variaciones; la generalidad prefiere allí las comedias del género gracioso y las óperas italianas y francesas.

Revel tiene muchos monumentos arquitectónicos notables por su antigüedad histórica. De las diez iglesias que hay en la ciudad la mas antigua y digna de atención es la de San Olavo, en la cual se enseña todavía un antiguo ídolo esthonio y una carta autógrafa de Lutero. En la iglesia de San Nicolás se halla aun el cuerpo incorrupto del general ruso De la Croix que perdió la batalla contra los suecos cerca de Narva. La casa de las Cabezas negras de Revel es muy inferior en la hermosura á la de Riga; pertenece en el dia al club de la union que se formó de la antigua sociedad de las Cabezas Negras, y solo sirve de local para diversiones de sociedad.

La parte mas interesante de Revel es una roca fortificada en la parte meridional de la ciudad, y llamada la catedral; en esta roca que pertenece á la nobleza esthonio hay varios edificios notables. como la casa de los caballeros, la casa capitular, y una torre antigua llamada «Herman el alto.» La iglesia catedral contiene el hermoso monumento levantado por la emperatriz Catalina II á la memoria del almirante Greigh, que en la guerra del Norte venció á la flota sueca cerca de Revel. La academia militar fue creada en 1722, y sirve de colegio para los hijos de los nobles de Esthonia. Además de esta academia hay en Revel, un gimnasio, dos escuelas para niños de ambos sexos, dos escuelas para el pueblo, una para suecos y otra para esthonios y muchos establecimientos particulares de educacion. Tambien hay muchas fundaciones piadosas y establecimientos de beneficencia; estos se conservan desde los tiempos mas antiguos y se distinguen por su disposicion y direccion ejemplar.

El pueblo bajo es aquí muy grosero como en todos los puertos de mar, particularmente los soldados y los marineros rusos, son los que hacen poco seguras las calles oscuras y estrechas, en las largas noches del invierno. Pasará mucho tiempo antes de que se llegue á civilizar la clase ínfima del pueblo ruso, y al ver estos hombres de tan malas inclinaciones, se encuentra justificada la severa disciplina de la marina y del ejército ruso, pues solo por una fuerza de hierro y por una dureza implacable se puede mantener en órden á semejante gente.

(Se continuará.)

LA ROSA DE IVRY.

(CONTINUACIÓN.)

III.

EL AGRADECIMIENTO.

No sabemos á punto fijo lo que pasaba en el alma del impetuoso Vicente; mas si algunas sospechas habian turbado su espíritu, el espectáculo que presenció al entrar en la cabaña, debió tranquilizarle.

Ocupada en los quehaceres de la casa, acababa Enriqueta de poner una mesita sobre la que estaba colocando los frugales manjares que componian la comida de su hermano: en otra estremidad del cuarto miraba Dionisio, sentado ante una ventana, los estensos campos y las aguas del Eure, que formaban una línea plateada y movidiza en medio del prado.

Al ver á su hermano, dejó la jóven su trabajo, y corriendo hácia él recibió en la frente el beso de costumbre.

—Buenos dias, hermanita, dijo Vicente con tranquilidad; servidor vuestro, señor Dionisio. Parece que á nadie se esparaba mas que á mí para sentarse á la mesa... pero solo veo tres cubiertos, y es menester poner otro.

—¿Otro! prosiguió Enriqueta; ¿nos traes algun convidado?

—Sí; un convidado cuya presencia te causará de seguro tanto placer como á mí; y vos tambien, señor Dionisio, tendreis gusto en verle.

—¿Le conozco? preguntó éste con indiferencia.

—Un poco, segun parece; ó al menos él os conoce á vos.

Dionisio prestó mas atención á las palabras de Vicente. En cuanto á Enriqueta, no pudo reprimir su impaciente curiosidad.

—¿Quién es, pues? dijo á su hermano.

—Un enamorado... ¡Ah! esa palabra te pone colorada...

—¿Un enamorado! prosiguió vivamente Dionisio.

—¿Casi podría decir un novio, pues viene á casarse con esta hermosa niña!

Los ojos de Dionisio brillaron rápidamente. ¿Era efecto de los celos? ¿Era mas bien efecto de otro móvil instintivo y misterioso? No nos atrevemos á descifrar este enigma.

Enriqueta habia de repente palidecido; le volvía la memoria y con ella el sentimiento de su posicion; era para la pobre jóven el momento de despertar.

—¿Jorge!... exclamó como rechazando un sueño penoso.

—El mismo, dijo éste apareciendo en el umbral de la cabaña.

Corrió á abrazar á Enriqueta, pero la desventurada iba á perder el sentido y retrocedió buscando un punto de apoyo en una esquina de la mesa; Jorge se paró.

—¿Cómo? dijo Vicente que parecia no haber notado nada; es Jorge, tu novio; ¿no lo conoces ya?

—Sí, hermano mio, sí... Buenos dias, señor Jorge.

—¿Señor Jorge! murmuró el sargento estupefacto.

—¿Te has vuelto loco? prosiguió Vicente. Dale un abrazo... ¿Tienes miedo? En ese caso, abrázala tú...

—No sé por qué, contestó Jorge, mas no me atrevo.

—¿Que diantre!... Fuera escrúpulos.... ¿Quién me ha traído un enamorado tan encogido?...

—Dispensad, Enriqueta, pero lo manda vuestro hermano.

Y la abrazó temblando casi tanto como ella.

Dionisio, mientras tanto, de pie en el fondo del cuarto en la oscuridad, parecia estar sumamente conmovido; mas su emocion no duró mucho y ya se habia repuesto cuando volviéndose hácia él, le dijo Vicente:

—¿No le abrazais vos tambien?

—¿Cómo?... ¿Un camarada de regimiento? con el mayor placer.

Se fué derecho á Jorge que por poco no

cayó de espaldas al conocerle; con trabajo pudo articular estas dos palabras:

—¿Cómo!... es...

—Dionisio el Entendido, dijo éste cogiéndole la mano y apretándosela de una manera significativa. Sí, mi sargento, soy yo; si no me conocéis, por mi parte os conozco muy bien, y en prueba de ello, en el regimiento os han apellidado la Oriflama.

—¿Qué diantre!... Escuchad, añadió Jorge, cuando no está uno prevenido... la sorpresa...

—¡Ah! sí, por causa de mi desafío, ¿no es verdad? Pero estoy aquí en casa de gentes honradas que no me descubrirán, y en cuanto á vos, sargento, nunca me denunciaréis...

—¿Yo denunciar á un camarada!... vos... tú... no me conoces... pero te perdono... Cuando no se está en la misma compañía...

Jorge, visiblemente turbado en un principio, comenzaba á tranquilizarse un poco; pero no era, como Dionisio, dueño de su fisonomía, para que su emoción dejara de ser notada por el hermano de Enriqueta.

—Al veros á los dos, prosiguió éste, y al escucharos, se juraría que no lleváis el mismo uniforme.

—Ya se puede uno trastornar, dijo Jorge, cuando se encuentra uno con un camarada á quien no se esperaba, y cuando la novia, con quien se viene uno á casar, le recibe á uno fría como un enero.

Durante esta escena, había Enriqueta guardado el silencio; pero al oír este ataque directo, no pudo contenerse por más tiempo y dos lágrimas corrieron por sus mejillas.

—¿Llantos ahora! dijo Jorge, que no sabía qué aspecto tomar.

—¿Quién sabe? contestó Vicente, la alegría de verte...

—En ese caso, murmuró por lo bajo el amante de la Rosa de Ivry, su alegría es bien triste.

La situación era cada vez más molesta para todos nuestros personajes, y era evidente que todos desempeñaban por su propia cuenta un papel penoso. Por eso creyó Vicente oportuno el poner término á aquella escena dando la señal de que ya era hora de comer.

Se sentaron en silencio á la mesa; pero cuando los primeros tragos de cierto vinillo hicieron que se chocaran los vasos, volvió poco á poco la alegría, y principió una conversación animada y jocosa entre Jorge y Dionisio, que sacaron á relucir sus recuerdos de Real-Normandía para arrancar una sonrisa á Enriqueta.

Vicente tomó á su vez la palabra, y dirigiéndose á su hermana, le dijo:

—Ya sabes el motivo que ha hecho venir á Jorge. Hace tiempo que me ha pedido tu mano y para obtenerla ha conseguido el grado de sargento. Ya estás en edad de casarte y no veo ningún obstáculo en semejante unión.

Quiso ella replicar, mas la palabra espiró en sus labios; Jorge que esperaba con ansiedad su sentencia, no pudo callar.

—Vamos, Enriqueta, hablad francamente, le dijo; ya sabéis que os amo demasiado para querer casarme con vos á pesar vuestro.

—¿A pesar suyo! prosiguió Vicente con su acostumbrada sequedad; quisiera ver eso; ¡como si todas las conveniencias no se encontraran reunidas! La hija de un soldado debe creerse honrada al casarse con un sargento. ¿No es verdad, señor Dionisio?

—Soy del mismo parecer, contestó friamente éste.

—¡Ah! exclamó Enriqueta mirándole de modo que tuvo él que bajar los ojos; ¿vos sois del mismo parecer?

El soldado volvió la cabeza como si no se hubieran dirigido á él, y Vicente se apresuró á añadir:

—De todos modos, hay que decidir: el guardar á una joven es poco de mi gusto, cada día lo siento más, y sobre mí caería el castigo del cielo, si jamás una desgracia... Y además, ¿quién sabe? el mejor día puedo faltarte. Tengo un oficio en el cual sucede un percance fá-

cilmente: ¿no está siempre un pizarrero entre la vida y la muerte? ¿No está espuesto un albañil á caerse de los andamios?

—¿Hermano mío! exclamó la joven estre-meciéndose.

—Vamos, vas entrando en razón; comprendes mis motivos, y veo que desde mañana, á pesar de mi odio contra los grandes señores, podremos principiar á cumplir con una formalidad indispensable.

—¿Una formalidad? ¿Y cuál? preguntó la joven con inquietud.

—¿No está en nuestro deber el avisar á tu madrina y pedirle su consentimiento? Aunque hace mucho tiempo que habitamos en este país, teniendo de ella en calidad de arrendadores, el cercado próximo á nuestra cabaña, sin que te haya llevado á su casa más que una vez al año, hay ocasiones en que no puedo dispensarme de llevarte, y como no hay más que dos leguas cortas de aquí al castillo de la señora marquesa de Vauvillers...

—¿La marquesa de Vauvillers! exclamó Dionisio.

Un rayo no hubiera sido tan pronto como la exclamación que se le acababa de escapar. Este hombre, generalmente dueño de sí mismo, se había olvidado quizá por primera vez en su vida, y era menester que el nombre pronunciado por el obrero ejerciera sobre él gran influencia, para haberse sobrecogido de tal modo. Por eso notaron todos su turbación.

—¿Conocéis á mi madrina? le dijo Enriqueta con desconfianza.

He tenido frecuentes ocasiones de oír elogiar á la señora de Vauvillers... sí... mi capitán, el caballero de Luxeuil... ya sabéis vos, sargento...

—Es posible, contestó Jorge; pero cuando uno no está en la misma compañía...

Todos iban de nuevo á desempeñar sus papeles, y la posición iba á ser más falsa que antes. Vicente se apresuró á levantar el sitio, y al ver que Jorge se disponía á salir de la cabaña:

—¿A dónde vas tú? le dijo.

—A pedir una habitación á mi antiguo amo, al señor Marcoux.

—Te lo aconsejo, si quieres que te eche por la puerta. Después de haberle jugado una partida...

—No fue culpa mía, sino de los reclutadores.

—Créeme, no te vayas; hay todavía, y siempre habrá para tí sitio en la cabaña de Vicente Cousin. No nos separemos en todo el día: M. Quesnel, el notario en cuya casa trabajo ahora para tapar los agujeros de su casucho, puede esperarse hasta mañana, sobre todo cuando le diga los motivos de mi ausencia, encargándole el contrato. Esta noche te arreglaremos Enriqueta y yo en este cuarto una cama de pluma que no te hará echar de menos la del cuartel.

—¿Pues sea! contestó Jorge.

Y las habladurías principiaron durando hasta la noche. Vicente evitó con cuidado todo lo que pudiera traer de nuevo una situación de apuros y desconfianza. Enriqueta parecía tranquila; y solamente, cuando llegó la noche, mientras su hermano instalaba á Jorge en su modesto cuarto, la joven, aprovechando un momento en que alumbraba á Dionisio en la escalera, le cogió de pronto el brazo y le dijo con una especie de exaltación:

—Acordaos de la cruz de hierro y no esperéis burlarme; Dionisio, no os perderé de vista.

IV.

EL TALISMAN.

Al día siguiente, al despertar el alba, mientras Jorge descansaba en su cama, se puso Dionisio á toda prisa su uniforme, bajó con precaución la tortuosa escalera de la cabaña, atravesó, conteniendo su respiración, el cuarto del entresuelo, ocupado por su compañero de regimiento, y antes de abrir la puerta de fuera,

se puso á escuchar como para asegurarse que nadie le seguía; seguro ya de esto, echó mano á la llave, la hizo dar vueltas con cuidado, y deslizándose por la puerta, se paró en el umbral á respirar más libremente, y su rostro se alegró con la brisa de la mañana.

Al disponerse á marchar, se volvió á mirar por última vez la ventana de Enriqueta, despidiéndose quizá para siempre de aquel cuarto donde tanta felicidad había gozado. ¡Mas cuán grande fue su sorpresa! Al través de las hojas de parra y de las ramas de madreselva que cubrían los cristales, distinguió á la joven, cuyos ojos llenos de lágrimas le dirigían, con su mudo lenguaje, un elocuente reproche.

La pobre niña, á quien había advertido una voz secreta de la inutilidad de sus exhortaciones, había velado toda la noche para adquirir mejor la prueba de su abandono. Pero su seductor, avergonzado al verse cogido en flagrante delito, no se atrevía á dar un paso, y se hubiera dicho que una mirada de Enriqueta le había clavado allí.

La situación se hacía, sin embargo, intolerable, y el elegante soldado de Real-Normandía tenía de seguro demasiada experiencia de las mujeres para no salir cuanto antes de semejante apuro. En efecto, algunos segundos le habían bastado para calcular que la turbación de la joven no le dejaría ver la suya propia; su fisonomía, descompuesta por un momento, fingió al punto una sonrisa, y sus dedos, puestos con coquetería sobre sus labios, echaron á Enriqueta un beso que secó en breve todas sus lágrimas.

Gracias á esta condescendencia, se figuró Dionisio que había adquirido el derecho de llevar á cabo sus proyectos; pero un resto de pudor se oponía á que los ejecutara á la vista de su víctima. Mas de una vez intentó alejarse; pero ya se volviera hacia el camino de la cruz de hierro, ya diera un paso hacia el camino del pueblo, la mirada de Enriqueta, suplicante ó amenazadora, le traía al mismo sitio; un poder sobrehumano parecía encadenar todas sus facultades.

El momento había sin embargo llegado en que era preciso tomar un partido; una especie de movimiento imperceptible en la cabaña anunciaba que el terrible Vicente había despertado. El soldado recordó entonces las amenazas de Enriqueta, y temiendo un escándalo, cobró ánimo.

Acababa de atravesar el huertecito, cuando se encontró cara á cara con un hombre del campo cubierto de polvo. Dionisio se detuvo, el hombre hizo lo mismo.

—¿Sois vos quien os llamais Dionisio el Entendido? le dijo el albañero, que al ver su uniforme, parecía haber encontrado lo que buscaba.

—Yo soy, contestó el soldado... ¿Qué se os ofrece, amigo?

—Aquí traigo un papel de parte de la señora marquesa de...

—Está bien, interrumpió vivamente Dionisio; sé lo que es; tened para beber á mi salud...

—¿Un escudo de tres libras! Muchas gracias; quisiera traerlos cartas á menudo, camarada... ¿Y la contestación?...

—No la hay, dijo el soldado echando una rápida ojeada sobre su misteriosa carta... Idos, y si encontráis á alguno por el camino, no digáis de dónde venís ni quién os ha enviado.

—Ya estoy... me lo han encargado en el castillo. Agur camarada.

Y el hombre se alejó, buscando en su cabeza qué relaciones podían existir entre una marquesa y un soldado raso que, como él, estaba quizá aun ayer arando en el campo.

Dionisio por su parte, ya solo, volvió á leer la carta, y fue á guardarla en el bolsillo, y cuando una mano pesada descargó sobre su hombro. Era la de Vicente.

—¿Vaya, vaya! dijo éste; parece que teneis gran correspondencia; los que os escriben, se levantan muy de mañana.

—Nunca es bastante pronto para anunciar una buena noticia, contestó friamente Dionisio.

—Si es vuestro nombramiento de cabo... ó alguna esquila de vuestra amada...
 —Es mejor que todo eso; es mi libertad.
 —¿Cómo? vuestro desafío...
 —Está perdonado.
 —¡Ah! ¡tanto mejor.

—Ya puedo volver á París. Ya no mas fastidio, ya no mas inquietud.
 —Hombre, muchas gracias...
 —Dispensadme, querido Vicente; soy tan feliz...
 —¿Y vais á dejarnos?

—Es preciso. Y al decir estas palabras echó hacia la ventana de Enriqueta una mirada cuya direccion siguió Vicente.
 —Si hay una orden, prosiguió éste, nada tengo que decir. Sois soldado, y la consigna antes que todo; pero la consigna no os manda



Excursion al istmo de Suez. — Razas del interior del Africa.

que vayais volando como los pájaros; lo mismo es que os marcheis esta tarde que esta mañana. ¡Qué di blos! habeis vivido aquí dos meses como prisionero, quedaos un dia como amigo. Beberemos juntos por vuestra libertad...

—Pero, si...

—Es cosa hecha; no repliqueis. Voy á despertar á ese holgazán de Jorge, y os prometo que no se hará rogar para beber con su camarada: ¿no es verdad, señor Dionisio?

Y sin esperar contestacion á estas últimas palabras, en las que quizá una persona previsora hubiera descubierto una amarga ironía, entró en la casa, donde dormia el sargento á mas y mejor.

—¡Tú todavía un día! exclamó Dionisio cuando vió que la puerta se habia cerrado.

Creia estar solo; pero una voz ligeramente conmovida contestó á la suya:

—Es muy largo; ¿no es verdad?...

Se volvió de pronto y no pudo contener un movimiento de impaciencia al ver á Enriqueta; la pobre jóven devoró en silencio aquella nueva afrenta; hizo como un esfuerzo dentro

de sí para reunir todo su valor y viendo que él no contestaba, dijo:

—¿Con qué es cierto que me abandonais?

—Me habeis oido y no me retracto.

Un estremecimiento nervioso corrió por todo el cuerpo de Enriqueta, que asiendo el brazo de su seductor, prosiguió fijando en él una mirada resuelta:

—Dionisio, no partireis sin que yo sea vuestra mujer.

—¿Podeis pensar en eso cuando el hombre con quien debais casaros reclama la ejecucion de vuestras promesas?

—Por lo mismo no hay que volverse atrás.

—Sin embargo...

—Escuchad, Dionisio; ya no me amais, lo sé, y yo hago lo posible por seguir vuestro ejemplo; pero vos me habeis deshonrado, habeis deshonrado á mi hermano. Necesitamos una reparacion; pensadlo bien, si no hablais con Vicente, yo le hablaré... y me mataré despues.

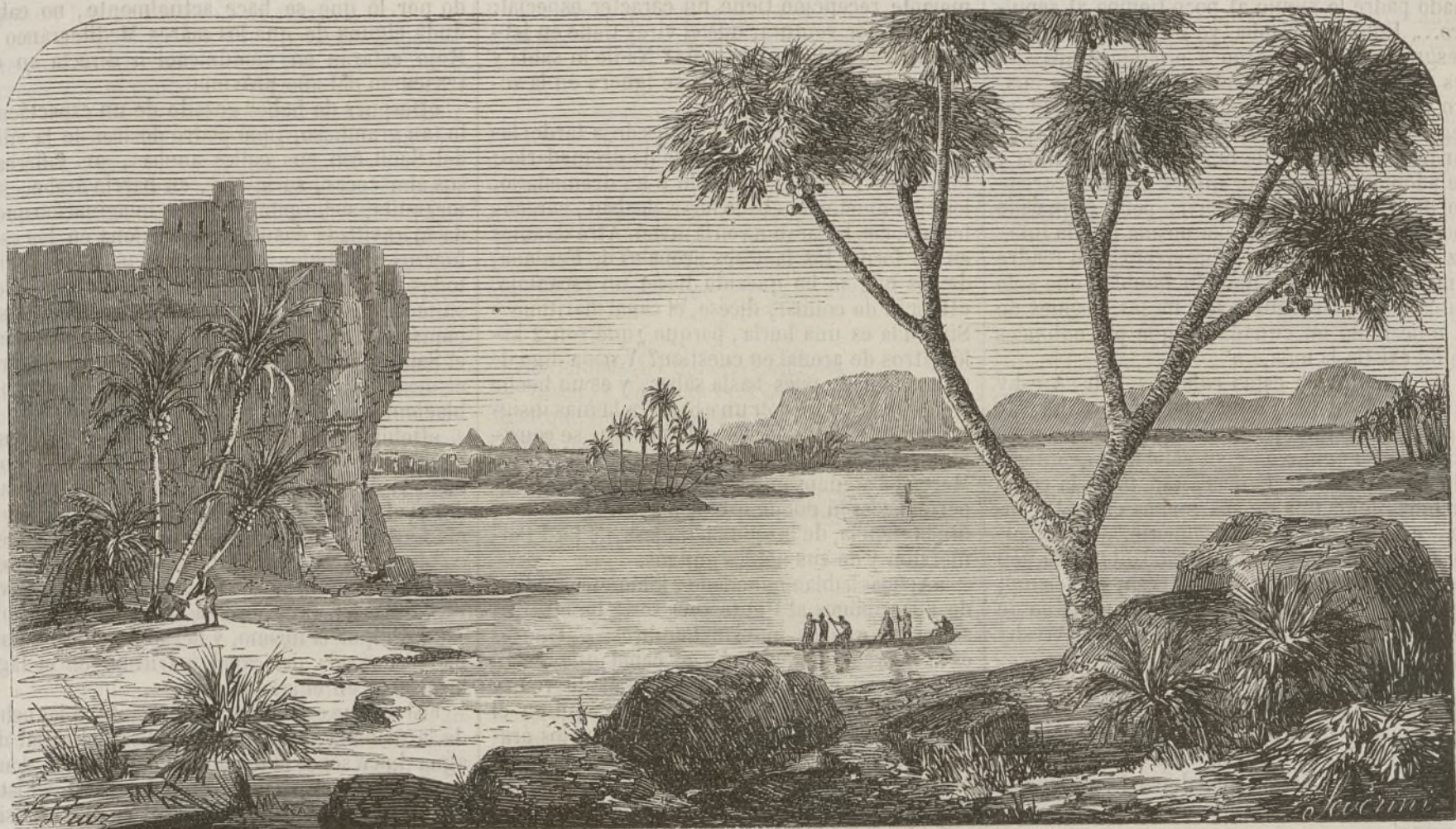
(Se continuará.)

PAMELA Ó LA ADOPCION FELIZ.

(CONCLUSION.)

«¡Gracias á Dios, este ángel es una compatriota!» Grande fue entonces la sorpresa de Pamela, y su turbacion se aumentó al ver que el desconocido se acercaba, tomaba una silla y se sentaba gravemente en frente de ella. Mientras ella se apresuraba á envolver las piernas de la pobre mujer con el fin de marcharse, el desconocido no dejaba de mirarla fijamente. Estaba tan absorto en su contemplacion, que no parecia notar la turbacion que causaba su presencia. Por fin se levantó Pamela, dijo adiós á la enferma y pasando por delante del desconocido le saludó con cortesía y salió precipitadamente.

Algunos dias despues de esta aventura, madama Busca contó á Pamela que el desconocido se habia quedado con ella una hora, que le habia hecho mil preguntas acerca de la jóven que acababa de marcharse, y que habia preguntado su nombre y el de la persona que la habia educado.



Eseursion al istmo de Suez.—Curso del Nilo en Djebel Barkal.

Aquella misma noche recibió Felicia una carta que hizo leer á Pamela, concebida en estos términos:

«Señora: no puedo decidirme á volver á Inglaterra sin recibir antes las órdenes de la persona generosa que se ha dignado adoptar á una huérfana inglesa. La virtuosa Pamela hace demasiado honor á su patria y á la educación que os debe, para no inspirar el interés mas vivo á un inglés que ha tenido la dicha de contemplar de cerca la virtud. Tengo cincuenta años; por eso, señora, tengo derecho de deciros sin rodeos que la escena que he presenciado hace algunos dias, ha causado en mi corazon la impresion mas profunda. Pamela de rodillas, lavando los pies á la desgraciada paralítica, no se borrará jamás de mi memoria. Me han dicho que tiene en Inglaterra parientes que no la quieren reconocer: dignaos confiarme el secreto de su nacimiento; os ofrezco para ella los servicios y el cariño del padre mas tierno. Queda de vos... etc. Carlos Aresby.»

«Mamá, exclamó Pamela despues de haber leído la carta, no veais á ese inglés, os lo ruego. Vos sois todo para mí; no hagais que me reconozcan unos parientes que me han abandonado: yo soy vuestra; nada falta á mi felici-

dad...—Hija mia, replicó Felicia, si vuestros parientes os reconocieran, tendríais un nombre, un estado...—Vos me dais el dulce nombre de hija; me permitís que os consagre mi vida; ¿qué mas puedo desear?—Dejadme recibir á ese honrado inglés: su admiracion por mi Pamela me inspira el deseo de conocerlo. Sabe apreciar á mi hija, ¿no es esto una recomendacion? Te prometo que no le diré nunca tu nombre sin tu consentimiento.»

Bajo esta condicion accedió Pamela á que el inglés visitara á Felicia, y al dia siguiente fue recibido Mr. Aresby. Despues de los primeros cumplimientos, Mr. Aresby ofreció de nuevo sus servicios y rogó á Felicia que le dijera el nombre de familia de Pamela. Felicia le confesó naturalmente que Pamela misma se oponia á ello. «Pierdo la ocasion de serle útil, dijo Mr. Aresby. —No dudeis al menos de mi agradecimiento, replicó Pamela. No puedo pensar sin temor en el mas leve cambio en mi suerte, puesto que encuentro en el tierno cariño de mi generosa bienhechora una felicidad que colma todos los deseos de mi corazon; sin embargo, os agradezco vuestra bondad.»

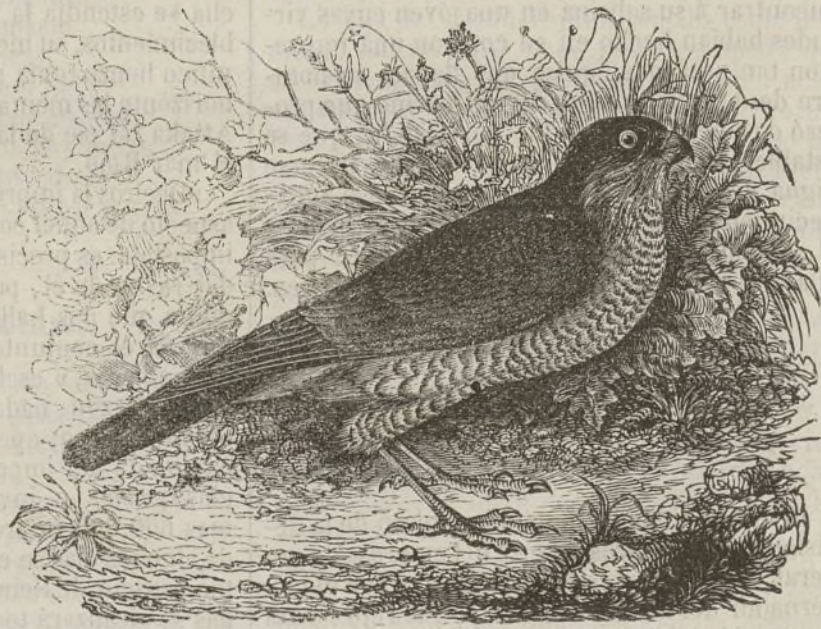
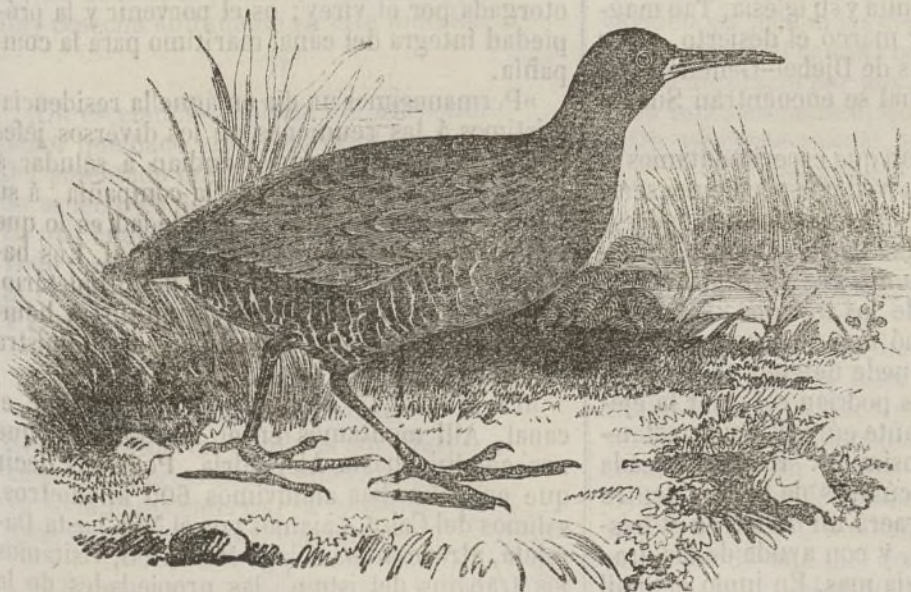
Mr. Aresby contempló á Pamela enterroecido, y volviéndose hácia Felicia, le dijo: «Me

ausento á fines de esta semana; ¿no podré siquiera esperar, señora, que os digneis permitirme que me haga presente de vez en cuando á vuestra memoria?»

Felicia le dió las gracias y le pidió sus señas.

«No habito en Londres, contestó Mr. Aresby, y viajo muy á menudo; pero si gustais dirigirme las cartas á Londres, con el sobre á Mad. Selwin, las recibiré de seguro.»

Al oír el nombre de Selwin, se conmovió Felicia y Pamela se turbó. Mr. Aresby, que miraba á Felicia, notó su sorpresa y le preguntó si conocia á Mad. Selwin. «Conozco ese nombre, respondió Felicia. —Ese nombre, replicó Mr. Aresby, es el mio. —¿Cómo! —Sí, señora; lo dejé al casarme con una heredera de quien no se podia obtener la mano sin llevar el nombre de su familia: estoy viudo hace diez años y no tengo hijos. —¿Habeis tenido un hermano? preguntó Felicia con suma emocion. —¡Ah! señora, contestó Mr. Aresby, he tenido dos y á los dos he perdido. Mad. Selwin es viuda del segundo, y el tercero... —¿Dónde está? —El desventurado, acometido de una pasion funesta, desconoció la autoridad paterna... Fue desheredado, y el arrepentimiento y el pesar abreviaron sus dias... Nuestro desgra-



Aves nuevas del jardín Zoológico.

ciado padre le siguió al poco tiempo al sepulcro... Entonces estaba yo ausente... Nuevas desgracias me obligaron á prolongar mis viajes y no volví á Inglaterra hasta al cabo de cuatro años... Supe la muerte de la viuda de mi segundo hermano... Había dejado á una hija y formé el propósito de buscar á aquella niña y de adoptarla. La mujer que se había encargado de ella acababa de morir; pero su marido me dijo que sabía por ella misma que la infeliz huérfana no había sobrevivido á su madre sino algunos meses: me dijo también que solo había visto á su mujer seis meses después de la muerte de mi cuñada, y que por entonces ya no existía la niña...»

Al pronunciar estas palabras, Mr. Aresby notó que Pamela intentaba en vano ocultar las lágrimas que inundaban su rostro. Sorprendido al ver su agitación y su palidez, la contempló con emoción. Felicia, tan turbada como Pamela, tenía una de sus manos entre las suyas, estrechándola cariñosamente... De repente, fuera de sí, se levantó y adelantándose con paso vacilante hacia Mr. Aresby, exclamó: «¡Ah! debo hacerme conocer del hermano de mi padre...—¡Dios mío! replicó Mr. Aresby precipitándose hacia ella.»

Pamela, acometida de un terror invencible, retrocedió, echándose en brazos de Felicia. «¡Oh madre mía, dijo anegada en lágrimas, mi bienhechora! ¡Yo soy solo vuestra... Soy vuestra hija... No me abandonéis!... ¡Si cedéis vuestros derechos sobre mí, me dareis la muerte!...»

Al concluir estas palabras, dejó Pamela caer su cabeza sobre el pecho de Felicia; sus ojos se cerraron y se desmayó. Felicia, toda asustada, pidió socorro. Pamela volvió pronto en sí, y abrió los ojos. Mr. Aresby, cogiendo una de sus manos, le dijo: «¡Oh! Pamela desechad ese insensato temor que me ultraja. ¡No tengo ni el derecho, ni el deseo inhumano de arrancáros de los brazos de vuestra bienhechora; vuestro deber es de consagrarle todos los momentos de vuestra vida!... Si es verdad que sois aquella niña, la desventurada Selwin, cuya pérdida he llorado tanto tiempo, no encontrareis en mí sino un amigo, un tierno padre, incapaz de exigir el mas leve sacrificio.»

Pamela se arrojó en brazos de Felicia; y expresó su alegría y su agradecimiento á monsieur Aresby con esa gracia, esa sensibilidad que la caracterizaban. Felicia se apresuró á ir á buscar un cofrecito que contenía las pruebas del nacimiento de Pamela. Mr. Aresby encontró en él algunas cartas y diferentes papeles que la doncella de Mad. Selwin había entregado en otro tiempo á Felicia. Esta mujer, habiendo entonces recibido algunos regalos de Felicia, se comprende fácilmente que con el fin de no repartirlos con su marido, había supuesto la muerte de la joven Selwin, segura por otra parte de que la niña no volvería nunca á Inglaterra.

Mr. Aresby, viendo sus deseos cumplidos al encontrar á su sobrina en una joven cuyas virtudes habían hecho en su corazón una impresión tan profunda, quiso que llevara su nombre desde aquel mismo día: el cariño que profesó después á Pamela fue tan grande, que se estableció en Francia. Pamela supo hacerse digna de sus beneficios por su cariñoso agradecimiento. No se separó nunca de Felicia, y el cuidado de hacerla feliz fue siempre para ella el primero y el mas grato de sus deberes.

MADAMA DE GENLIS.

ESCURSION AL ISTMO DE SUEZ.

(CONCLUSION.)

«Fuimos recibidos por el ingeniero de la división, por el representante del empresario general, por los diversos empleados y por el gobernador del istmo Ismail-Bey, que representa la autoridad del virey, y que aparece rodeado de una escolta de cien caballeros negros. Se-

mejante recepcion tiene un carácter especial: ¿sabiais, por ventura, que el virey tiene en istmo un delegado con guardia? Nadie lo sabía y aun en la misma Alejandría se ignora en la actualidad.

»Partimos de Ferdana á las dos de la tarde: las señoras iban en el coche tirado de dromedarios; las demás personas á caballo ó en dromedario; los cien ginetes de ébano nos rodeaban, caracoleando, con la carabina en la mano. Atravesamos en tal forma los famosos arenales de Ferdana, de los que se ha querido hacer un espantajo. «Habrán de colmar, dícese, el canal marítimo.» Sin duda es una burla, porque ¿qué son 2 kilómetros de arenal en cuestión? Y nada digo de su movilidad, pues basta saber, y es un hecho comprobado, que con una barrera la mas insignificante, con un cercado de maleza, se consigue detener las terribles arenas del desierto. Merced á algunos millares de francos, las arenas permanecerán donde están, á pesar de la profunda ciencia, de la opinion inglesa, de lord Palmerston y de sus nobles amigos.

»Apenas habíamos andado 2 kilómetros, cuando apercibimos al frente una serie de alturas, sobre las que se movían hombres. «¿Qué es eso?—preguntamos.—Es el canal que están abriendo en el Seuil d'Elguirs mas de veinte mil hombres.—¡Cómo! ¿Se trabaja aquí en el mes, de *Rhamadam*?—Sabido es que los árabes no quieren trabajar durante aquel mes, que es el noveno de su calendario, y en el que celebran la Pascua; que ayunan todo el día, y que el gobierno mismo no pudo jamás conseguir que se dedicasen al trabajo. Muy pronto tuve la clave de aquel misterio al saber que el árabe trabajaba y recibía el precio, no á jornal fijo, sino en proporcion de su tarea, y los árabes son muy aficionados al dinero. Algunos fellahs economizaban mas de 80 piastras cada mes, lo que es ya entre ellos una fortuna.

»Bajo la impresion de tales ideas y del asombro que nos causaba la vista de aquellos hombres trabajando en el desierto, avanzamos siguiendo el trazado del canal que indicaban las excavaciones hechas; nos hallamos pronto en medio de los primeros trabajadores que cavaban la tierra, la cargaban y transportaban en canastas, cantando. Los cheiks, de pie entre los grupos, los alentaban con palabras: no se veía siquiera un palo como signo de castigo, cosa extraordinaria en Egipto; conocíase que aquellos hombres trabajaban por su cuenta; reinaba una grande animación; era un magnífico espectáculo. Llegados á la cima del Seuil, al punto culminante del canal, el panorama tomó entonces un carácter imponente de grandeza: veinte mil individuos se extendían como una inmensa serpiente en un espacio de 5 kilómetros. Era un hormiguero de hombres, subiendo los unos, bajando los otros de los altos ribazos; parecía que todos entraban ó salían de la tierra; las tiendas se levantaban por una parte, por la otra la montaña; era el dique del canal en Asia. En el fondo se descubría el lago Tynsah, en el punto mismo de la apertura del canal; á derecha se extendía la villa del Seuil con sus establecimientos, su mezquita y su iglesia. Tan magnífico lienzo tenía por marco el desierto, y por horizonte las montañas de Djebel-Genefé y del Attaka, al pie de la cual se encuentran Suez y el mar Rojo.

»Deciros la impresion que experimentamos al aspecto de aquel conmovedor espectáculo, sería imposible: es preciso contemplarlo para poderse dar razón de él, porque desde el punto elevado en que nos hallábamos, se abrazaba con la mirada el conjunto de los trabajos. «El canal está abierto,» exclamó uno de los huéspedes, y tenía razón, nada puede detener ya la apertura del istmo; apenas podrían retardar la ejecución de tan importante empresa circunstancias graves é inverosímiles. Estráense cada mes 600,000 metros cúbicos de tierra; dentro de algunos días se extraerá un millon en el mismo espacio de tiempo, y con ayuda de las dragas se alcanzará todavía mas. En junio el Seuil d'Elguirs estará cortado, y el agua del Mediterráneo correrá por el lago Tynsah. Calcu-

do por lo que se hace actualmente, no cabe duda alguna de que los mares Mediterráneo y Rojo estarán en comunicación directa en el transcurso del año próximo.

»Después de haber gozado de un espectáculo tan grandioso, ¿qué podré deciros de la villa del Seuil con sus calles anchas, sus talleres, sus almaceces, su iglesia, su barrio árabe, su mezquita, su hospital, etc.? La imaginación queda maravillada cuando se reflexiona en los esfuerzos que hubo que emplear para conducir todos aquellos materiales á fin de obtener el resultado que acabamos de indicar; cuando se piensa en que apenas hace un año no existía en el Seuil ni una tienda, ni un habitante; que era el desierto, y que en la actualidad es una población.

»Debíamos caminar de sorpresa en sorpresa aquel día: la mas dulce nos esperaba por la noche. Al dirigirnos por en medio de los trabajadores al último almacén del Seuil, encontramos el agua del Nilo en un espacioso estanque, conducida á él por una tasega derivada del canal de agua dulce. Sobre el estanque se eleva el kiosco del virey en una magnífica posición escogida por el mismo, y desde donde se domina la entrada del canal marítimo en el lago Tynsah y en el lago mismo.

»El día fue completo. El siguiente, á las ocho de la mañana, llegamos á orillas del canal de agua dulce sobre el terrablen del Tynsah, donde ha de construirse la ciudad central del istmo, y en que se elevan ya tres casitas. La situación es admirable; el canal de agua dulce la atravesará; á sus pies se extenderá el lago formando un espacioso puerto, punto central de un triple mundo, que se halla abierto naturalmente, pues el fondo del lago está á 7 metros mas bajo que el nivel del mar. Montamos en barcas; y como si todo hubiese de ser favorable en nuestro viaje, un viento fresco comenzó á soplar al través del desierto; nos empujó hacia los lugares bíblicos del Suecoth, de Rhamses; nos hizo flanquear en algunas horas el valle de Gessen, y nos condujo á Pitoum, hoy Tel-el-Kebir, centro de la hermosa propiedad que la compañía ha comprado recientemente al virey.

»Recorrimos 52 kilómetros del canal, 18 de ellos al través de tierras cultivadas; su anchura es de 12 metros, y fue terminado en pocos meses, no habiéndose tenido conocimiento de tal trabajo hasta que se concluyó enteramente: pone en comunicación acuática al Cairo y Alejandría con el centro del istmo; alimenta á los trabajadores del Seuil; sin aquel canal el trabajo que hemos visto sería imposible. La adquisición de la hermosa propiedad del Ouady, que tiene 23 kilómetros de largo y contiene cerca de 2,000 hectáreas, merece la atención. Es una residencia verde y encantadora, con aldeas, tierras fecundas, jardines y un castillo. No produce mas que un 6 por 100 ahora, si bien muy luego dará un 10; pero esta renta es nada comparada con su posición. Merced á ella, la compañía es dueña del agua dulce para sus trabajos en el istmo; es el complemento de la concesión otorgada por el virey; es el porvenir y la propiedad íntegra del canal marítimo para la compañía.

»Permanecemos un día en aquella residencia; asistimos á las reuniones de los diversos jefes fellahs ó beduinos que acudían á saludar á Mr. Lesseps, presidente de la compañía, á su señor y dueño, porque la propiedad es lo que se llama un *chifflik* ó tierra señorial. Los habitantes dependen únicamente del propietario, que satisface los impuestos y suministra hombres para el ejército: la justicia se administra en su nombre.

»El sábado 15 llegamos á Zagazig por el canal. Allí montamos en el ferro-carril, que nos condujo hasta Alejandría. Podemos decir que en ocho días anduvimos 600 kilómetros, salimos del Cairo, bajamos por el Nilo hasta Damietta, atravesamos el lago Menzaleh, visitamos los trabajos del istmo, las propiedades de la compañía, y llegamos á Alejandría por Zagazig. En otro tiempo hubieran sido necesarios un

mes, abundantes provisiones, equipajes y camellos; hoy es un paseo de recreo.

«Os he descrito tan sucintamente como me fue posible mis impresiones y lo que he visto: ¿creeis que se conozca perfectamente en Europa lo que pasa en el istmo de Suez? ¿Sabiais que el trabajo no se ha interrumpido un solo momento; que existe ya una villa de cinco mil almas llamada Por-Said, con talleres de todas artes y oficios; que hay 67 kilometros de canal marítimo navegable, y que un canal de agua dulce va desde el Nilo al corazon del desierto? ¿Sabiais que el desierto está poblado; que mas de doscientos mil obreros árabes han contribuido con sus trabajos á aquella gigantesca obra; que el virey tiene su prefecto en el istmo; que hay veinte mil trabajadores en ejercicio durante el Ramadham; que para el mes de abril habrá doble número y que antes de tres el Seuil estará cortado? ¿Conociáis las consecuencias de la adquisicion de la propiedad señorial del Ouady? Si aun se ignoraba en Alejandria, ¿tenidíais conocimiento de tal contrato en Francia? Hoy he podido juzgar por mí mismo: he visto. Que los que tengan dudas acerca del éxito de tan importante empresa hagan lo que yo he hecho y den un paseo por el istmo; seguramente se desvanecerán sus dudas.

«Al terminar, creo conveniente llamar la atencion acerca de los individuos que cooperan á la apertura del canal, y que residen en Egipto y en los lugares de los trabajos. Es un personal escogido, animoso y adicto, especialmente á la persona de Mr. de Lesseps, que dirige en jefe todas las operaciones. El virey mismo ha depositado toda su confianza en él, y en verdad que obtiene la reciproca. Es un príncipe muy instruido y apreciable; forma tambien parte del personal del istmo. Aunque atormentado por los ingleses, jamás ha abandonado el pensamiento de la apertura del canal; conoce su estension y consecuencias. Hoy mismo impulsa la ejecucion y quiere que el canal se haga; ha tomado el título de presidente de los trabajos. Ya veis que los generales son dignos del mando: es imposible que los trabajos se paralicen, y que dentro de poco dejen de reunirse el Mediterráneo y el mar Rojo. Dentro de algun tiempo el virey irá á Francia; saludad en él al soberano que se ha atrevido á emprender la obra mas colosal de los tiempos modernos, y que, estad seguros de ello, la conseguirá llevar á cabo.»

INSPIRACION AL CERDO (I).

CANTO DE LA ESTACION.

I.

La sacra historia, sí, no la profana
Que bien puede engañarse cuanto quiera,
Diz que Noé, por órden soberana,
En aquel grande arcon que construyera,
Un *marrano* metió y una *marrana*
Con varios animales de otra esfera,
De los cuales, si yo mal no me fundo,
Hay cosecha abundante en este mundo.

II.

¡Oh esclencia sublime del grasiento
Señor que hace vibrar mi débil lira!
Del potentado imita el paso lento;
Su aspecto es noble cuando el rabo gira.
Es útil cual ninguno, es un portento,
Todo pura verdad, nada mentira;
El escude á los brutos de los valles
Y tambien á los que andan por las calles.

III.

Aqueste reverendo ciudadano
Recibe del mortal nombres sin tino;
Ya se le llama *cerdo*, ya *marrano*,
Ya se le llama *puerco*, ya *cochino*.
¡Qué rico es el idioma castellano!

(1) El asunto no es muy poético; pero el animal de que se trata no hay duda que merece los honores de la discusion.

Y ¡qué rico es tambien un buen *gorrino*!
Pues aunque aprecie la española lengua,
Apreciar al jamon puedo sin mengua.

IV.

Asi que nace un ser tan eminente,
Lechon se le titula, y es muy cierto,
Que con dulce placer se le hinca el diente
Si asado está por marmiton esperto.
A manera que crece, el inocente
Ve el instante fatal de quedar yerto,
Y muere en fin sin gana este cuitado,
Que no hay cerdo que se haya suicidado.

V.

En tiempos del romano Capitolio,
Del Circo, y de los bravos gladiadores,
Y en que hacian tambien su monopolio
Con el pueblo y esclavos, los señores,
El cerdo se debió comer en folio,
O por mejor decir, trozos mayores,
Hasta que el hombre, hollando estos vestigios,
En la *cochineria* hizo prodigios.

VI.

Con tremendo cuchillo y rostro fiero
Un habitante allá de Candelario
Su anatomía ejerce con esmero,
Y de la utilidad forma el sumario,
Resolviendo su ingenio chorizero
Proporcionar el alimento vario
De lomos, de jamones y embutidos,
Que enajenan potencias y sentidos.

VII.

No bien su mercancía ya previene
Y la coloca en tren para el despacho,
Envuelto en la anguarina á Madrid viene
Cabalgando á la grupa de un gran macho.
Y á tantos parroquianos como tiene,
Mas pronto los engaña que á un muchacho,
Haciendo que se dejen de ilusiones
Y le compren morcillas y jamones.

VIII.

Con el mayor afan vuelan al punto
A hacer las provisiones necesarias,
Y hay quien á casa lleva un gran difunto
Si á sus espensas tiene bocas varias.
Y al letrado y al médico dan unto,
Y al notario que instruye las sumarias.
Y todos á su estómago obsequiando,
Esta mísera vida van pasando.

IX.

Estremada es del cerdo la influencia;
Y ante de unos jamones doble fila,
Aun la severidad por esclencia,
Sin remedio, lector, ceja y vacila.
Por él conseguirás secreta audiencia
Venciendo de porteros la kabila,
Y al rey podrás hablar, y á su ministro,
Echando mano de tan buen registro.

X.

Adios, noble señor, fresco ó añejo,
Terror de las legumbres y verduras,
Y de otras frioleras que aconsejo
Olviden sin piedad las criaturas.
Se me apaga el candil; por eso dejo
De encumbrarte por hoy á mas alturas.
Y en tanto esclamaré, que no soy mudo:
«¡Oh esclente animal, yo te saludo!»

ENRIQUE DEL CASTILLO Y ALBA.

ROLOWAY Ó DIANA.

Los naturalistas le han dado el nombre de *diana* por la media luna de pelos blancos mezclados de negro, que tiene encima de la frente. Es de cuerpo esbelto. Su cabeza redonda termina en un hocico obtuso y bastante saliente, á pesar de que su frente es muy combada: sus ojos, medianos y hundidos, están rodeados de una piel desnuda azulada; la nariz y los labios afectan un color de carne livida; sus orejas son pequeñas, redondas, y en

parte cubiertas por los pelos espesos de los lados de la cabeza; las mejillas y la parte inferior de la barbilla están revestidas abundantemente de pelos espesos y prolongados: la cola, casi tan larga como el cuerpo, está cubierta en toda su estension de pelos negros uniformemente apretados; tiene diez y ocho pulgadas de largo, y es por consiguiente algo mas corta que el cuerpo, el cual tiene veinte y una ó veinte y dos: los pelos de la cabeza son muy negros, cortos y espesos: en la frente se ve la faja blanca de que ya hemos hablado; un gris oscuro tiñe las espesas patillas de las mejillas; el pecho, la region abdominal, lo interior de los muslos y de los brazos, están cubiertos de pelos blanquecinos; los de toda la parte superior del cuerpo, al contrario, son negruzcos y mezclados de amarillo claro, lo que les da una tinta generalmente moreno-verdoso; los brazos, los muslos y las piernas, son de un negro claro, y la piel desnuda de las manos y de los pies es tambien de este color; un círculo blanquizco rodea las callosidades de las nalgas, que son encarnadas. Algunos individuos tienen el pelo fosco con bastante uniformidad por la parte superior; patillas negras, jaspeadas de moreno y amarillo: un color amarillento en vez de lo blanco de la media luna de la frente, y en fin, un mechoncillo blanco bajo la barbilla. La cara tiene un color como morado, pasando al azul en los juanetes y en las mejillas, y á encarnado claro alrededor del hocico y de los párpados.

La diana, cubierta de pelos muy espesos por encima, tiene la parte inferior del cuerpo casi desnuda; el color de su piel es morado.

Este animal es muy donoso, afable y cariñoso con su dueño; pero desconfía de los que no conoce, y se pone en ademan de defenderse, cuando estos quieren acercársele ó tocarle.

LA ROSA DE CALDRES.

Cuando los caballeros eran todavía soberanos en sus castillos, el señor de Caldres, en Val-de-Non, tenia una hija de admirable belleza: todas las gracias estaban reunidas en aquel ser angelical; su corazon era tan puro como el rocío de la mañana, y su alma tan bella como su rostro. Iba frecuentemente al través de los bosques que rodeaban la morada de su padre en busca de las mas lindas flores que sabia dibujar y pintar con una verdad y gracia esquisitas; pero un dia en una de sus escursiones, trepó por una roca tan escarpada, que no pudo volver á bajar. Sorprendida por la noche y la tempestad, se hallaba en grave peligro de muerte, cuando á sus tristes lamentos acudió un jóven pastor de la montaña, quien logró salvarla no sin peligro de su propia existencia. Agradecida la virtuosa jóven, le manifestó candorosamente su reconocimiento, y mas tarde acabó por amarle. El pastor le devolvió amor por amor, y pronto aquellos jóvenes corazones solo palpitaban el uno por el otro.

La hija del caballero, tan sencilla como hermosa, no creia que nada pudiese impedir que se enlazara con su salvador. ¿Pueden acaso existir para el amor distancias y categorías? Para dos almas que aspiran á su union, no hay imposibles; su deseo es ley, y si una fuerza superior destruye su anhelo, antes que ceder se aniquilan en su propio fuego. Pero cuando la jóven reveló á su padre el amor que sentia por el hijo de un pechero, se apoderó del orgulloso señor tan violenta cólera, que hizo estremecer á la cándida vírgen. En vano fueron las súplicas y amenazas; la jóven amaba de veras, y si no atendió á las unas, depreció las otras. Viendo tal resistencia, su padre furioso mandó encerrarla en un aposento abovedado en lo alto de la torre de Homenaje. La infeliz jóven no debia salir de él sino amortajada y cenida con la corona de las vírgenes. Cuando las lágrimas se secaban en sus mejillas, buscaba un alivio á su dolor dibujando en las desnudas paredes de su triste cárcel las mas hermosas

flores de la montaña, cuyo dulce recuerdo había quedado grabado en su mente; pero al cabo de un año y un día sucumbió al pesar de su amor contrariado, y se la encontró muerta mirando al cielo. Su semblante tenía una expresión de indecible beatitud, y dijérase que se hallaba recostada sobre un mullido lecho de flores.

Es fama que mas tarde se la vió durante el día volver á su encierro; oíanse sus tristes suspiros, y por la noche, al través de la angosta puerta de su cárcel, en la cual no entró después de su muerte ninguna alma viviente, veíase brillar una suave claridad. Aquellos suspiros y aquel resplandor cesaron, no obstante, en el mismo día en que murió el joven pastor, víctima también de su amor perdido. El desapiadado caballero, devorado por el pesar, arrastró una corta y penosa existencia. Fue sepultado en el panteón de sus antecesores; pero ningún recuerdo fue grabado en su losa funeraria: su nombre es ignorado.

Hoy día, cuando un viajero ha sabido inspirar entera confianza á las personas que habitan todavía al pie de la torre de Homenaje del castillo, la única parte del edificio que ha quedado en pie, le hacen subir la escalera de caracol que conduce á la cárcel de la mártir del amor, en lo alto de la torre, y le enseñan en medio de las paredes que ha ennegrecido y roído la acción destructora del tiempo, y entre las flores medio borradas que la mano de la virgen había bosquejado, una rosa deshojada, cuyo cáliz está royendo un gusano. Es la última flor que dibujó la pobre niña, ya en las ansias de la muerte.

Esta triste víctima del amor y del nacimiento, es conocida por los habitantes de la comarca con el nombre de «La Rosa de Caldes.»

ALPENBURG.

EL JARDIN ZOOLOGICO.

Este ameno é interesante jardín sigue enriqueciéndose rápidamente. Hoy llaman ya en él la atención un sinúmero de animales raros y útiles, cuya aclimatación puede prestar verdaderos servicios en España. Entre las aves son dignas de particular mención las remitidas de América, Asia y otras partes, de las cuales ofrecemos hoy dos grabados á nuestros lectores.

CANTARES.

Vestiré mi pensamiento
Vestirélo de ilusión,
Le pondré real corona
Como al hijo de mi amor.

De mis males quise un día
Saber cuál fuese la causa,
Y mirandoles de fijo
Huyeron como un fantasma.

Hay una estrella en el cielo
Que me sigue por do quiera,
Las demás son relucientes,
La mía fue siempre negra.

Niña, si pasas el puente
No te mires en el agua,
Que el diablo está en acecho
Y el que no cae, resbala.

TERENCIO THOS.

Por todo lo no firmado J. GASPAS.

Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días después de su publicación.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochao, calle de Jacometrezo, 65; y en la Publicidad, Pasaje de Matheu.

En provincias Etrangero y Américas en casa de los sorresponsales de los Señores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.



MARTÍ

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

COMPUESTO
POR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA,

NOVISIMA EDICION

CON NOTAS HISTORICAS, CRITICAS Y GRAMATICALES SEGUN LAS DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA,
PELLICER, ARRIETA, CLEMENCIN, HARTZENBUSCH, CUESTA Y JANER.

AUMENTADA CON

EL BUSCAPIÉ

ANOTADO POR DON ADOLFO DE CASTRO.

ADORNADA CON

300 GRABADOS INTERCALADOS

LAMINAS SUELTAS

Y EL RETRATO DEL AUTOR GRABADO EN ACERO.

25 RS. TODA LA OBRA.

Es inútil ponderar el mérito de una obra reconocida universalmente como una de las mejores si no la mejor, que ha producido el ingenio humano.

Cada día se encuentran al Quijote mas bellezas antes no advertidas; y las ediciones y los comentarios se suceden sin interrupción bajo todas las formas á que puede prestarse el arte tipográfico.

Nosotros, que hemos dado ya á luz dos ediciones del Quijote, vamos á publicar la tercera rindiendo nuevamente un homenaje al genio de su autor y contribuyendo á propagar mas y mas la lectura de su obra inmortal. Esta tercera edición, además de aprovechar lo mas selecto de las observaciones y notas de los escritores que han comentado esta obra, reunirá los especiales caracteres y las ventajosas condiciones siguientes: Será correcta y esmerada en la impresión y en la elección de las notas.

Constará de un solo tomo.

Llevará lo menos 300 grabados perfectamente hechos, de esmerada estampación, y el retrato de Cervantes grabado en acero.

Será sobre todo sumamente económica para el suscriptor.

En suma reunirá á la posible PERFECCION la mas desconocida BARATURA.

La obra toda costará 25 reales.

Dar un Quijote en papel bueno, con 300 buenos grabados, esmeradamente impreso y anotado, y esto por 25 reales en toda España, es llevar la baratura hasta un extremo que solo se ha visto en las obras de la Biblioteca de Gaspar y Roig.

Saldrá la primera entrega el 15 del actual.